

Guadalupe Fernández Ariza. *Alejo Carpentier. Ante el espejo del Barroco*. Roma. Bulzoni. 1997.

La obra entera de Carpentier supone un esfuerzo continuado por delinear la verdadera fisonomía del continente americano y sus habitantes. Historia, naturaleza y cultura se constituyen en los tres grandes focos sobre los que organiza su obra, de modo progresivo e integrador. Ese acrecimiento escalonado cada vez más ambicioso de la mirada de Carpentier en el intento de abarcar lo específico americano, nos lo muestra Guadalupe Fernández Ariza tras un estudio introductorio donde nos provee de las claves con que Carpentier articula su narrativa. A través de seis ensayos sobre otras tantas obras significativas, desde *El reino de este mundo* (1949), hasta *El arpa y la sombra* (1979), se va perfilando la trayectoria literaria del escritor cubano, al mismo tiempo que se constata la pervivencia de una variada panoplia de recursos expresivos, temas y tramas, cuya esencia es, en última instancia, de filiación barroca.

Sin olvidarse de un sintagma, real maravilloso, ya advenido clásico para caracterizar la narrativa de Carpentier, Guadalupe Fernández Ariza abunda más en las razones que justifican la apreciación de la obra de Carpentier como barroca, definición en absoluto ajena a la conciencia de Carpentier, quien ya en *Tientos y diferencias* afirmara «nuestro arte siempre fue barroco» y cuya justicia viene a corroborar este libro, fundamentándose en los grandes teóricos del Barroco –Bajtín, Maravall, M. Praz, Orozco, Benjamin...–, y en el conocimiento de los autores del Siglo de Oro, desde Cervantes hasta Gracián, sin olvidarse de Lope, de Góngora, de Quevedo, la picaresca o Rabelais. Porque, escribe la autora, «aunque Carpentier confiesa explícitamente su adhesión al estilo barroco, (...) su vinculación (...) es determinante en su sistema compositivo, en tanto que el Barroco le proveyó de recursos expresivos y de temáticas adaptables a su materia literaria»¹.

Partiendo de esos presupuestos, en la sección segunda, dedicada a *El reino de este mundo*, junto a otros rasgos carpenterianos –sincretismo, mestizaje, culturalismo, lo real maravilloso, el tema del tiempo cíclico, leyendas y mitos–, encontramos aquellos que son de indiscutida naturaleza barroca: las antítesis y el juego de contrastes: luces y sombras, música y silencio, tragedia y comedia; el tópico del mundo al revés; el *Theatrum mundi*; El teatro dentro del teatro; La vida como representación; la alegoría; el uso de emblemas o imágenes de diversas fuentes (la historia, la mitología, la Biblia), para comunicar conceptos –conceptismo, aunque ya no con afanes pedagógicos como en el Barroco, sino estéticos–. Así, encuentra como eje estructurador de *El reino de este mundo* el emblema del Ave Fénix, símbolo de la dialéctica de la historia y del tiempo cíclico. Si en *Los pasos perdidos* destaca la

¹ Guadalupe Fernández Ariza, *op. cit.*, pág. 31.

influencia de las crónicas americanas y *Las soledades* de Góngora, y en *El recurso del método* la *Commedia dell'arte*, en otras obras serán Cervantes, Gracián, Calderón o Quevedo, junto a nuevos o renovados emblemas, alegorías o tópicos barrocos –la vida como peregrinación, la gran plaza universal, la *vanitas* barroca–, que en la narrativa de Carpentier se modelan para expresar las nuevas realidades del mundo americano, «mundo barroco» y sincrético que el autor cubano aborda desde la triple influencia cultural amerindia, africana y europea, indisociables las tres en la cultura americana y caribeña actual.

Guadalupe Fernández Ariza al tiempo que nos lo recuerda, reactualiza una vez más la obra de Carpentier, poniendo de relieve los rasgos posmodernistas² de su narrativa: distorsión y carácter cíclico de la historia, lo hiperbólico, la intertextualidad, lo lúdico, la parodia o la ironía. Libro en definitiva útil y necesario que valoriza aún más la obra del narrador cubano mostrándonos la riqueza de sus claves compositivas.

JESÚS SÁNCHEZ RODRÍGUEZ
Universidad Complutense de Madrid

Enrique Lihn. *El circo en llamas*. Ed. de Germán Marín. Santiago de Chile. LOM ediciones. 1997.

Enrique Lihn (Chile, 1929-1988) es conocido principalmente por su poesía atormentada, autorreflexiva, despiadadamente crítica de sí misma, de su hablante, de la literatura y del mundo, que tuvo su apogeo en los años 60 con los libros *La pieza oscura* (1963), *Poesía de paso* (Premio Casa de las Américas, 1966), *Escrito en Cuba* y *La musiquilla de las pobres esferas* (ambos de 1969): poesía de tono conversacional, intensa, desmitificadora de los mitos de la chilenidad y el paraíso perdido de la infancia, participante crítica en la *inflación política* de esos años; una poesía de acuerdo con los tiempos, que constituye, junto a la de Juan Gelman, José Emilio Pacheco y Antonio Cisneros, quizás la más importante *novedad* de su época. Algunos habrán leído (o intentado leer) dos laboriosas novelas, *La orquesta de cristal* (1976) y *El arte de la palabra* (1980), que arrastran el lastre de las aficiones de Lihn por la teoría francesa: su narrativa más digerible, más interesante (a mi juicio) se encuentra en su primer libro de cuentos, *Agua de arroz* (1964).

Los ensayos de Lihn, en cambio, son poco conocidos; aparecieron periódicamente (o no aparecieron: hay varios inéditos en este libro) de

² Cf. Seymour Menton. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México. FCE. 1993, págs. 38-46.